

El Museo Nacional de Antropología: 50 años en Chapultepec

José Antonio Pompa y Padilla*

No todo lo que se puede contar cuenta y no todo lo que cuenta se puede contar.

ALBERT EINSTEIN

Al inicio de 1963 empezó a ser realidad aquello que en el medio se comentaba, opinaba y discutía el año anterior: la construcción de un nuevo edificio para el Museo Nacional de Antropología, en un predio ubicado en el bosque de Chapultepec que, me parece, pertenecía a Transmisiones de la Secretaría de la Defensa Nacional. Recuerdo una construcción pequeña y una enorme torre metálica para radiocomunicación. Fue allí, frente al lago y al zoológico, en Reforma, donde se comenzó la obra. Comentaré algunos de los recuerdos que vienen a mi memoria y que confío en que sean verdad. Los compartiré con la intención de que aquellos que lo vivieron lo recuerden y los que no, lo imaginen para que se formen una idea del suceso.

La obra era impresionante: maquinaria, herramientas, albañiles, ingenieros, arquitectos trabajando. El tiempo era corto, pues sería inaugurado en septiembre de 1964 por el presidente de la República Adolfo López Mateos. No había tiempo que perder. Sería uno de los aportes importantes del sexenio, el monumento a la memoria de los mexicanos, los orígenes de la identidad.

Vale mencionar que durante el sexenio de Adolfo López Mateos también se llevó al cabo un proyecto arqueológico en Teotihuacán, de 1960 a 1964. En esa época era director general del INAH Eusebio Dávalos Hurtado y del Museo Nacional de Antropología, Ignacio Bernal y García Pimentel.

Durante la construcción, y después de inaugurado, se veían mesas de dibujante, mamparas, grandes cajas de madera y muchas cosas marcadas con las letras PIMNA: "Proyecto de Instalación del Museo Nacional de Antropología". Ellos, los de PIMNA, seguirían las especificaciones de planos, materiales, estructuras, etcétera, indicados por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez.

Una obra de esas características requiere de mucho personal de mano de obra y ellos, como todos nosotros, acostumbraban el alimento en horarios regulares. Así pues, en la calle de La Milla, ahora avenida Gandhi, hicieron su aparición los vendedores de comida, principalmente mujeres, a donde los trabajadores acudían a la hora asignada para el alimento en el puesto de su preferencia. En ollas y canastos les ofrecían las tortas y los tacos. Comento esto porque, ya terminada e inaugurada la obra, una de las vendedoras de comida se había hecho de la mayoría de la clientela y no sé tras qué peticiones y trámites de los trabajadores fue instalado un comedor para el personal, atendido durante muchos años por una mujer conocida por todos como *la Güera*. Me parece que ahora vive en Los Ángeles, California, y que uno de sus hijos estudió la carrera de antropología física.

En sus inicios, el restaurante para los visitantes tenía dos secciones. Una, la del lado izquierdo, la clásica, con meseros, carta de alimentos, etcétera, y otra, que era la novedad, del lado derecho, con el muro cubierto por máquinas automáticas expendedoras de alimento, donde se podían

* Director de Antropología Física, INAH (dafinahga@gmail.com).



comprar sándwiches, tortas, pays, jugos enlatados, refrescos, etcétera, depositando monedas. Hoy en día es algo a lo que estamos acostumbrados, pero en 1964 era toda una novedad que no duró mucho tiempo en operación debido a problemas en el funcionamiento.

El nuevo edificio albergaría las colecciones arqueológicas y etnográficas con la infraestructura necesaria para su montaje en las salas, área de carpintería, herrería, museografía y una nueva sección: la de máquinas electrónicas. Así llegaba la tecnología con el sistema informático que utilizaba las tarjetas perforadas.

También daría cabida a otras áreas como la de Antropología Física, que ha sido parte del museo desde sus inicios, y a la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, que de igual manera ha estado siempre vinculada al museo. La Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), que ocupaba un edificio en la calle de Moneda, frente al Museo Nacional, ahora quedaría integrada en el mismo conjunto arquitectónico.

Me tocó ver a detalle lo relacionado con el cambio de ubicación de la biblioteca, los preparativos tanto para el traslado del acervo, el diseño e instalación de nuevos anaqueles para recibirlo y su puesta en funcionamiento en el nuevo recinto, todo ello porque yo estaba por empezar mis nexos académicos como prospecto de antropólogo y mi padre era el director.

La biblioteca contaba con diversas áreas administrativas, la dirección, procesos técnicos, con Óscar

Zambrano Domínguez como responsable y Guillermo Sánchez Miranda en el escritorio de préstamos; en microfilm estaba David Chanfreau Mateos, que se retiró y en su lugar llegó Jorge Tovar, quien no estuvo mucho tiempo debido a un accidente, y continuó Oscar Arzate Huet. Recuerdo a muchos más, pero como no quiero omitir nombres y encargos, prefiero dejar en ese punto.

Durante el cambio de ubicación no se suspendió el servicio a los lectores de la biblioteca. Los libros se fueron moviendo estante por estante y anaquel por anaquel. Se empacaban en Moneda y eran colocados en el mismo orden en Chapultepec. El traslado se hacía en dos o tres camionetas. Recuerdo bien a una de estas: una Chevrolet Apache azul claro, con el escudo nacional en negro en las puertas. Todos los vehículos del INAH tenían el mismo identificador, con los operadores de transporte uniformados en caqui, incluyendo corbata y un quepí o gorra que tenía una visera de marial duro color café brillante y el escudo metálico del INAH sobre la visera. Los custodios usaban un uniforme similar.

La ENAH llegaría también a sus nuevas instalaciones, por lo que fue necesario hacer una modificación dado al número de alumnos. Para el ingreso había que aprobar los exámenes de admisión, con un cupo de cien. Los salones, que llevaban por nombre Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Robert Barlow, se convirtieron en uno solo, conocido como "Alva-Barlow", en la actualidad ocupado por las subcomisiones del personal académico.

De la ENAH de la calle de Moneda trajeron la campana que Gabino, el intendente, hacía sonar para el inicio o final del tiempo de clase, que era de dos horas. También escuchábamos el caracol del estanque del museo. No recuerdo cuándo desapareció la campana –¿en 1968?– ni cuándo nos dejó Gabino, cuyo lugar fue ocupado por el señor Sánchez –así le decíamos–, que nos vendía coca-colas de una máquina automática. El auxiliar de intendencia era Juvenal Muñoz, *Juve* –no sé si lo recuerden–. El director era Felipe Montemayor García y el subdirector, Leonardo Manrique Castañeda. Por último menciono a Juanita Loo, quien llevaba el control de materias: impresionante, porque se sabía de memoria qué materias te faltaban, cuáles y cuándo estaban acreditadas y, por lo general, se le veía de buen humor.

No olvidemos que estábamos a mediados de la década de 1960, con lo psicodélico, lo *in* y lo *out*, el existencialismo –Herbert Marcuse y Jean-Paul Sartre– y el “hipismo”, además de Claude Lévi-Strauss y Edward Sapir con el estructuralismo, sin olvidar a Marx y Mao. Todo esto generó en el nuevo local de la ENAH un *look* del estudiante de antropología que Agustín Barrios Gómez criticó en sus notas periodísticas (“Niños bien con morral y huarache”). Algunos intelectuales de nuestro medio lo refutaron: en la ENAH, en el muro entre los baños, Bolívar Hernández, estudiante de etnología, inició un periódico mural al estilo de *collage* donde varios colaboramos, haciendo mofa de las críticas de Barrios Gómez.

El Departamento de Antropología Física se fundó como sección en el antiguo Museo Nacional en 1887, y llegó al nuevo edificio con las colecciones osteológicas. El jefe era Arturo Romano y colaboraban con él Johanna Faulhaber Kammann, Roberto Jiménez Ovando, María Teresa Jaén Esquivel, Rosa María Peña Gómez y los entonces muy jóvenes Patricia Sánchez Saldaña, Sergio López Alonso, Zaid Lagunas Rodríguez, Carlos Serrano Sánchez y Luis Alberto Vargas Guadarrama –los dos últimos emigraron a la UNAM a principios de la década de 1970–. En el área de los investigadores había un fotomural de las exploraciones en Tlatilco que dividía el espacio, salpicado de macetones al parecer sin acomodo lógico, pues recibían el agua de las siempre presentes goteras, resultado del filtrado de agua de lluvia a través del recinto de la explanada del “Paraguas” del museo.

Una de las “novedades” en el museo era la sección de máquinas electrónicas, a cargo de Jaime Litvak King, que para esa época eran todo un adelanto. Las máquinas Bull consistían en la perforadora, verificadora, duplicadora, clasificadora e impresora para tarjetas per-

foradas de 80 columnas con campo variable. Trabajaban allí Margarita Velasco Mireles, Mari Carmen Serra Puche y un joven del que no recuerdo el nombre. Tuve la oportunidad de colaborar con ellos en la catalogación de materiales etnográficos, sección a cargo de Fernando Cámara Barbachano. Como compañeros directos de trabajo estaban Álvaro Brizuela Absalón y Juan Jesús Arias García. Cientos o miles de tarjetas perforadas producto de ese trabajo pronto se convirtieron en basura dada la velocidad de cambio en el terreno informático. En esos ayeres compartíamos espacios con Luis Berruecos Villalobos, Germán Wilfrido Plasencia Castellanos, Erwin Antonio Stephan-Otto Parrodi, Efraín Cortez, Lina Odena Güemes Herrera y Plácido Villanueva, entre otros. Recuerdo también a Faustino, que era parte del personal técnico que estaba en el acervo de colecciones y que en verdad tenía un atento cuidado, sobre todo con los textiles, especialidad de Irmgard Weitlaner Johnson.

Con la sección de arqueología tuve poco o nulo contacto –ahora que lo pienso, ignoro el motivo–. El jefe era Román Piña Chan. Desafortunadamente no tengo nada que aportar en este tema.

A cargo de la intendencia estaba Jorge Cabrera, quien literalmente vivía en el museo, ya que la casa del intendente estaba en una parte de lo que ahora es la herrería. Una casa habitación con todo lo necesario y un buen jardín. Su esposa, Yolanda Obregón –¿museógrafa?–, y él habitaban el lugar junto con *Eco*, una bonita perra setter irlandés que era la mascota de todos. Tiempo después llegó un cocker spaniel negro, *el Chapin*, que compartía los territorios con *Eco*. De modo que en la intendencia trabajaba Javier y su esposa, Yolanda, en el restaurante: todo quedaba en familia. Había también un electricista, el maestro Toño, que falleció y su relevo también era Toño: Antonio Murillo.

La vigilancia estaba a cargo de la policía bancaria y comercial, cuyo jefe era un oficial –¿comandante?– de apellido Pastrana. Ellos estuvieron a cargo hasta que sucedió el robo al museo en la Nochebuena de 1985. A partir de ese ilícito muchas cosas cambiaron.

En otro tema de protección y seguridad, recuerdo al bombero que a diario sacaba a la vaca que estaba en la troje purépecha y cruzaba la calzada de La Milla (ahora Gandhi), la dejaba amarrada a algún árbol con una cuerda bastante larga y la “pastoreaba” mientras pastaba en el área que se encuentra frente a la entrada para el personal. Después de un rato la regresaba a su lugar.

No recuerdo su nombre en el organigrama, pero el área de museografía era y es muy importante: herrería,

carpintería, maquetas, barniz, vidriería. Mario Vázquez estuvo mucho tiempo al frente, y la señora Pérez era un referente. Había también una imprenta con tipos “de caja” para imprimir las cédulas y también se trabajaba la serigrafía. Si mal no recuerdo Juan Aguilar estaba encargado de esto. Por cierto que en los cristales de todo el museo se pusieron con serigrafía unas líneas horizontales de “manitas” de color negro y amarillo, copiadas de un sello prehispánico, debido a que con frecuencia los visitantes se golpeaban con los grandes vidrios de la entrada al vestíbulo y en el área del restaurante; en la biblioteca, en lugar de manitas, se utilizó un búho en azul.

En la herrería estaba el maestro José con sus ayudantes. Durante los primeros meses del museo las puertas de cristal entre la explanada y el vestíbulo comenzaron a fallar. El peso de la puerta dañó el mecanismo de giro para abrir y cerrar. Los herreros desmontaban las puertas y corregían el fallo con un sistema y materiales ideados por ellos. En un principio era frecuente escuchar un “tronido”, un ruido producido por la rotura de los grandes vidrios en diversas zonas del museo. Según explicaban, se debía a los asentamientos del edificio. Recuerdo varios de la biblioteca en los ventanales hacia Reforma.

Algunos recordarán el área de restauración de materiales arqueológicos, casi al final del pasillo que conduce al acervo etnográfico –del lado izquierdo–: ahí estaba el maestro Chores y en tiempos más recientes era el maes-

tro Sigüenza quien hacía ese trabajo; ahora ese lugar es para el resguardo de material arqueológico.

No omito al equipo de guías del museo, uniformadas con falda corta color gris claro, blusa blanca y saco azul marino. Me parece que en origen eran ocho. Periódicamente participábamos en los cursos para actualizarlas, tanto en el espacio que tenían hacia el lado izquierdo de difusión como en las salas del museo. Recuerdo bien a algunas, pues siguieron trabajando en otras áreas, como Trinidad Irigoyen, *Trini*, que estuvo al cargo del archivo histórico del MNA; Gabriela Guzmán, que estuvo en el área de difusión, y Marva Gutiérrez Rodarte, a quien recuerdo que día a día llevaba alimento para los gatos que merodean en el patio de maniobras.

En medio siglo muchas personas han pasado por el museo. A la mayoría no las conocí o no las traté. Acontecimientos y anécdotas que todos y cada uno recordamos individualmente, acciones que no sabemos si fueron rumor o verdad, pero son casi leyenda. Termino con una que aún podemos verificar en caso de ser cierta. Cuentan que cuando estaban montando el monolito representando a Coatlicue, Carlos Navarrete dejó una nota en la base que soporta la pieza. Del texto que tiene la nota –si es que existe– se tienen varias versiones. Habría dos maneras de saber si es verdad o rumor: moviendo la escultura o que Carlos nos cuente su versión.

Otoño de 2014



Frente a la Coatlicue, en el Museo Nacional de Antropología **Fotografía** © Nacho López, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México